

LA ECONOMÍA QUE VIENE EN TIEMPOS DE  
**MEGARRECESIÓN, INFLACIÓN Y CRISIS GLOBAL**



# PANDENOMICS JAVIER MILEI

**DONT TREAD ON ME**

**GALERNA**

# PANDENOMICS

JAVIER MILEI

# PANDENOMICS

La economía que viene en tiempos de  
megarrecesión, inflación y crisis global



Milei, Javier

Pandemomics / Javier Milei. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Galerna, 2020

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-556-780-5

1. Economía. I. Título.

CDD 330.09

Ilustración de portada: Donai De La Zerda, editor en jefe de Radio Libertaria.  
Diagramación de portada e interior: B de vaca [diseño]

© 2020, Javier Milei

© 2020, Queleer S.A.

Lambaré 893, Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Digitalización: Proyecto451

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopias, sin permiso previo del editor y/o autor.

# Índice de contenido

## PRÓLOGO

COVID-19(84)

Leonardo Facco

## INTRODUCCIÓN

### PARTE I: El virus y la matemática de una pandemia

1. El COVID-19: breve resumen de las observaciones científicas acerca del COVID-19 publicadas por la Sociedad Argentina de Virología
2. Matemática de la Pandemia

### PARTE II: Marco analítico para el análisis económico de la pandemia

1. Estructura del Marco Analítico

#### APÉNDICE I

2. Crecimiento, Progreso Tecnológico y Capital Humano

3. El Ciclo Real de Equilibrio

#### APÉNDICE I

#### APÉNDICE II

4. El Equilibrio Macroeconómico

### PARTE III: Economía, política y sociedad en tiempos de pandemia

1. Perspectiva Económica Mundial previa al COVID-19

2. Análisis Económico y Política Económica frente al COVID-19

3. Análisis Económico de la Pandemia por Tipo de Países
4. Un Remedio MUCHO PEOR que la Enfermedad
5. De la Macroeconomía al Mercado Laboral
6. El Impacto en las Pequeñas Empresas
7. Tendencias Poblacionales
8. Pandemia y Socialismo
9. Discurso y Socialismo

## CONCLUSIONES

El presente libro está dedicado a mi hermosísima familia de cuatro patas compuesta por Conan, Murray, Milton, Robert y Lucas, como así también al ser humano más maravilloso de todo el universo, mi hermana Karina.

# PRÓLOGO

*COVID-19(84)*

*Leonardo Facco*

Vivo en Treviglio, provincia de Bérgamo. En un radio de 50 km de mi casa, han muerto la mitad de las personas oficialmente fallecidas por COVID-19 en toda Italia. Entre ellos, hay dos primos míos y cuatro amigos de la familia. A pesar de todo esto, nunca he creído en la narración que el Estado ha utilizado desde finales de enero, cuando comenzó oficialmente la pandemia, aunque el documento del gobierno sólo lo hemos descubierto mes y medio después.

La provincia de Bérgamo (sobre todo la Val Seriana, un área muy productiva) se considera el epicentro mundial de las muertes por Coronavirus. Si en Italia, a finales de mayo, el porcentaje entre muertos e infectados era de más del 13%, en la zona donde vivo era por lo menos el doble.

Sin embargo, la historia oficial de la pandemia no se corresponde con la realidad, que por fin comienza a emerger con fuerza. Durante más de dos meses, el Estado italiano ha aterrorizado y encerrado a 60 millones de personas. Que haya habido muertos no está en duda, pero que la mayoría de ellos no hayan fallecido por el virus, sino por las terapias equivocadas que se han utilizado, es ahora una certeza.



Lo que sucedió en Bérgamo en particular, pero me temo que también en otros lugares del mundo (como escribí en la investigación de mi último libro dedicado al Coronavirus), es que estamos frente a una verdadera masacre estatal, no causada por la incompetencia de los médicos (los han dejado sin informaciones por mucho tiempo), sino inducida por la profilaxis y las decisiones equivocadas del servicio de salud pública y los diagnósticos aproximativos de virólogos politizados.

Como explica detalladamente Javier Milei en este libro (entre aquellos que han mantenido la cabeza fría, evitando ser afectados por el pánico), los números de esta “nueva Peste Negra” ¡no dan! Y que algo no tenía sentido en toda esta historia aterradora a mi -y a mi grupo de investigación- me pareció tan claro desde la mitad del mes de marzo.

La certeza que hoy tengo es que las cifras dadas - especialmente durante la emergencia- están bien lejos de ser exactas. Habrá que volver a analizarlas a finales de año y sólo entonces, tal vez, sabremos lo que realmente ocurrió y por qué se han atribuido muchas muertes al COVID-19 que, en realidad, deberían atribuirse a muchas otras enfermedades.

El 14 de mayo pasado, a confirmación de que el número de infectados (además del número de muertos) estaba absolutamente fuera de control y casi inventado, llegaron tres encuestas de la agencia estadística “Doxa”, realizadas en toda Italia sobre los síntomas relacionados con el COVID-19 y coordinadas por la Universidad Estatal de Milán.

Siempre en mayo, el Presidente del Colegio de Médicos de la región Liguria, en una entrevista a una pequeña emisora de televisión, hizo algunas declaraciones lapidarias: “Hay un problema que concierne a todo nuestro país -dijo Alessandro Bonsignore- relacionado con el hecho de que se ha decidido incluir en el número de muertes por Coronavirus todos los casos de aquellos que fueron encontrados positivos por COVID-19, durante su vida o incluso *post-*

*mortem*". Y continúa: "Estamos prácticamente reduciendo a cero la tasa de mortalidad por cualquier patología natural que se hubiera producido incluso en ausencia del virus. Les digo esto con pleno conocimiento de causa, trabajando en lo que es el Instituto de Medicina Forense de la Universidad de Génova donde contamos que las muertes por patologías 'no-covid' han prácticamente desaparecido en la morgue de nuestra ciudad".

¿Les parece normal que en esa Región, según lo que dice el doctor Bonsignore, nadie haya muerto por infarto, cardiopatía isquémica y accidentes cerebrovasculares, cáncer, diabetes mellitus, enfermedades diarreicas, enfermedad de Alzheimer y otros tipos de demencia, cuando -cada año- estas se consideran entre la diez primeras causas de muerte en el mundo?

Además, la pregunta que ningún periodista italiano, entre los que se han dedicado a aterrorizar a la gente, se ha hecho es esta: ¿Por qué no se hicieron autopsias en Italia desde el principio? ¿Por qué se enviaron los cadáveres inmediatamente a las cremaciones, privando así a los expertos de los elementos cognitivos fundamentales?

Simple: ¡las autopsias no se realizaron porque así fue dispuesto y comunicado desde el Ministerio de Salud (sólo un juez podría haberlas solicitado)!

Una decisión que suena increíble y que condujo directamente a la catástrofe, con anexos varios.

Si en Bérgamo los muertos han empezado a reducirse, es sólo porque algunos anatomopatólogos, yendo en contra de las indicaciones del gobierno, han decidido hacer autopsias para buscar las razones por las que el virus había llevado a la muerte tanta gente hospitalizada en terapia intensiva y tratada con oxígeno.

"Decidimos empezar a hacer autopsias en dos, la primera el 23 de marzo, yo y mi colega Aurelio Sonzogni, dejando fuera al resto del personal, por razones de procedimiento". Así explicó el doctor Andrea Gianatti. Los exámenes de las

autopsias se sucedieron uno tras otro, con una cifra que comenzó a ser constante: “Más pacientes habían muerto de trombosis, un evento que a menudo ocurría después de la fase más aguda de la neumonía, es decir, después de los síntomas más típicos causados por el Coronavirus. La teoría más creíble, hoy en día, vinculada a este descubrimiento, es que el virus ataca ciertos receptores que se encuentran a lo largo de los vasos sanguíneos y ponen en marcha una serie de efectos que a partir de cierto momento pueden ser letales”.

Prácticamente, hasta aquel entonces lo que pasaba era que entubar a los pacientes hospitalizados en terapia intensiva significaba llevarlos hacia la muerte en lugar de aliviar el problema y curarlos.

Sin embargo, ¡la cura existía!

Más de un científico, de los que la prensa ha dejado voluntariamente al margen del debate mediático, ha tratado de desmantelar, con calma y argumentos, las catastróficas y apocalípticas tesis a favor de el *Lock down* (cuarentena), tan amada por los fanáticos y partidarios de la hipótesis que el Coronavirus representaba la “reencarnación de la Peste Negra de los años Treinta del siglo XIV” o de la tremenda “Fiebre Española” de 1918-1920. Entre ellos Giulio Tarro (alumno de Sabin), Didier Raoult (según el índice Hirsch el mejor virólogo del mundo), el Dr. Samuele Ceruti (jefe de reanimación del hospital de Lugano), pero también médicos generales de buen sentido común como Carlo Alberto Zaccagna, Riccardo Szumski y muchos otros con los cuales he personalmente hablado, tanto en Italia como en Europa y en América.

Además, es emblemático el oscurecimiento de quienes, experimentando en el campo y utilizando técnicas médicas probadas y medicamentos a precios muy populares (antivirales, cortisona, hidroxiclороquina y heparina), han encontrado tratamientos capaces de salvar la vida de miles

y miles de pacientes afectados por Coronavirus, evitando tanto la oxigenación forzada como la entubación.

Por si fuera poco, no se dio voz absolutamente a quienes advirtieron, en los primeros días de febrero, a la “Comisión Gubernamental de Expertos” que el virus ya estaba circulando en Italia desde octubre del año pasado y que una gran parte de la población ya estaba infectada, como sucede todos los años con la gripe estacional y que - siempre todos los años- lleva a la muerte entre 12.000 y 15.000 italianos ancianos afectados por múltiples enfermedades (en el año 2017 hasta hubo un exceso de muertos por gripe, que ha llevado el número de los fallecidos a más de 28.000 personas, sin que nadie haya sido encerrado por cuarentena, sin que nadie haya sido aterrorizado y ¡sin que el gobierno haya bloqueado el sistema productivo!).

Entre ellos, el doctor Pasquale Bacco, especialista en medicina legal, docente universitario, que entre muchas advertencias dijo claro a un *blogger* muy famoso una cosa que no podía gustarle a los políticos que estaban “manejando” la pandemia: “Este virus es un virus extremadamente trivial, que no tiene la capacidad de matar a personas que no tienen ya condiciones especiales”.

Las anécdotas que podría enumerar sobre el manejo criminal de la epidemia por parte de la clase política italiana serían muchísimas, pero si escribí un libro de 400 páginas sobre lo que sucedió en Italia es sólo porque tuve una intuición cuando me puse a analizar la avalancha de noticias que sólo servían a impulsar el miedo en la población.

A finales de febrero, me pregunté: “¿No será este Coronavirus una excusa para crear un experimento socio-económico sin precedentes? ¿No será el COVID-19 la excusa perfecta para permitirle avanzar a la única, y real, pandemia mundial, es decir el socialismo?”.

Toda revolución socialista necesita una narración cuyo propósito principal es exaltar el valor supremo, legitimar la renuncia a la libertad, denigrar a los enemigos y alimentar el terror. Esto es exactamente lo que el cuento dominante está haciendo ahora mismo, gracias al trabajo incansable de la mayoría de los medios de comunicación con el virus.

En cada revolución el ídolo no es realmente un ídolo a menos que requiera sacrificio. Y el sacrificio que de hace meses se pide a todos nosotros es renunciar a porciones cada vez mayores de libertad y derechos, empobreciéndonos, perdiendo el empleo o teniendo un trabajo más precario.

Lo que pienso es que con el COVID-19 estamos (como ha pasado en otros casos del pasado) dentro del más clásico marco revolucionario.

Todas las revoluciones (pensemos en la China maoísta, en la Rusia soviética, en la Cuba de Fidel Castro, en el Chile de Allende, en el Venezuela de Chávez), mientras esperan la palingénesis revolucionaria, garantizan una sola cosa: el aumento de la pobreza, tanto que bien podemos decir que la pobreza es un sello de la revolución. Y el empobrecimiento de la clase media es particularmente evidente con esta pandemia. Si la clase media se empobrece, pueden estar seguros de que una revolución está en marcha.

Como en todas las revoluciones, también en ésta que estamos experimentando a través de la democracia, están los guardianes (espías asustados por el virus y llamados a controlar los que no obedecen a la cuarentena).

La revolución, para ejercer mejor el control y la represión de la disidencia, necesita introducir signos de reconocimiento, y en nuestro caso ese signo es la mascarilla que nos obligan a utilizar. Quien la lleva es aceptado y puede ser parte del sistema, quien no la lleva, o la lleva menos, es el contrarrevolucionario, el reaccionario, por lo tanto el enemigo.

Como escribió el periodista Aldo Maria Valli, “El conformismo y la delación son una función de la cohesión revolucionaria basada en el terror. Y todo verdadero revolucionario sabe que, después de todo, no es más que un organizador del terror, como explicó claramente Feliks Ędmundoviĉ DzerŹinskij, el primer director de la Āeka, la policía secreta soviética, cuando dijo: ‘Estamos a favor del terror organizado’”.

No hace falta recordar que la revolución necesita a sus periodistas y cantantes, y en esta pandemia los hemos visto montados todo el tiempo en las tarimas. Desde febrero, en Europa, los periodistas y los intelectuales han trabajado para amplificar el terror, para reforzar el relato que quiere que la revolución se cumpla, explicándonos que “después del COVID nada será más como antes” o que –como los peores ambientalista ideológicos en estilo Greta Thunberg– “lo que nos ha pasado nos impone pensar al decrecimiento feliz”.

Han presentado a los disidentes como enemigos peligrosos que, como tales, sólo pueden merecer desprecio y deben ser excluidos de la asamblea social.

Como todas las verdaderas revoluciones, esta también ha puesto a la Iglesia y su libertad en la mira: en Italia han prohibido las misas y hasta los funerales, y Papa Bergoglio no ha opuesto resistencia. La novedad –y esto me parece serio– es que la propia Iglesia en general (con raras excepciones) ha colaborado con los revolucionarios y ha demostrado que quiere ser más realista que el rey.

Y aquí, con respecto a los que, en lugar de defender la libertad, están con los revolucionarios, no podemos olvidar la categoría de los idiotas útiles, otro elemento característico de toda verdadera revolución.

Frente a este avance en estilo militar de la revolución, lo digo con un poco de angustia, he visto multiplicarse los idiotas útiles (una expresión atribuida a Lenin) que en lugar de denunciar la pérdida de las libertades han obedecido

como ovejas a las imposiciones gubernamentales en lugar de desenmascarar el proceso ideológico, político, social y económico que se esconde detrás de una pandemia manipulada.

Termino con las palabras de un amigo, y con las de un gran individualista del pasado. Giacomo Zucco, uno de los bitcoiners más influyentes al mundo, me ha dicho que “La pandemia más terrible, devastadora y mortal es la del fanatismo estatista, que contradice toda la evidencia empírica, racional y moral. El terrible virus COVID-1984”.

Lysander Spooner, extraordinario ejemplo de libertad en los Estados Unidos del Siglo XIX, escribió: “Toda la legislación del mundo se ha originado básicamente del deseo de una clase de personas de saquear y subyugar a sus congéneres, y de poseerlos como si fueran una propiedad”.

Estoy convencido de que leyendo el libro de Javier Milei todos ustedes se darán cuenta que no hay razón alguna para transformarse en esclavos de la “salud pública”, de las leyes impuestas a su favor, de que el Estado sea la solución para salir de cualquier emergencia.

# INTRODUCCIÓN

Nunca dudé que la pandemia de COVID-19 iba a llegar a la Argentina. Era evidente, desde febrero de 2020, por la velocidad a la que el virus se esparcía por el mundo. Lo que me sorprendió fue la cobertura: desde el principio noté que los zócalos de los noticieros contaban la cantidad de muertos *totales* a nivel mundial sin referencia relativa alguna. Eso ya me hizo desconfiar. Porque una de las cosas que uno aprende, cuando hace economía aplicada -que es lo que yo hago hace treinta años-, es la necesidad de tener un orden de magnitudes.

Ese orden permite determinar cuán grande o cuán pequeño es un fenómeno. Esto sólo puede medirse en relación con otros factores, nunca en forma aislada. Sin un orden de magnitudes, por ejemplo, nadie puede entender la economía de un país. Hay cosas que pueden parecer insignificantes y no lo son; hay cosas que pueden parecer enormes y tampoco lo son. La ausencia de ese factor me indicó que algo andaba mal en la cobertura de la pandemia. Steve Jobs, en un discurso famoso, dijo: “No podés unir los puntos hacia adelante; sólo podés unirlos hacia atrás.” Esto quiere decir que las cosas tienen sentido cuando se las compara con hechos pasados. En la cobertura de la pandemia muchos trataron de conectar los puntos hacia adelante y casi nadie hacia atrás. Como consecuencia, perdimos el sentido de las magnitudes. Mirando los zócalos catastróficos se me vino a la cabeza un viejo chiste. Se encuentran dos economistas y uno le pregunta al otro: “¿Cómo está tu mujer?” Y el otro responde: “¿Comparado con qué?” Ese chiste lleva hasta el absurdo una verdad que



los economistas conocemos muy bien: sin punto de comparación, nada significa nada.

Para explicar lo que pienso de esta pandemia necesito hacer un pequeño rodeo. Hace algunos años me tocó hablar en el *World Economic Forum* sobre crecimiento y demografía. Leía Julian Simon, que en el desarrollo de la tecnología afirma que hay un proceso liderado por la demanda y un proceso liderado por la oferta. Por el lado de la demanda: cuando crece la cantidad de personas en un lugar y empieza a haber escasez, entonces, altera al conjunto de precios relativos y eso empuja el progreso tecnológico para resolver el problema. Por otro lado está el problema de oferta: cuando la comunidad es muy pequeña, el progreso es más difícil. En otras palabras, es más sencillo encontrar un Mozart en una población de un millón de personas que en una de diez mil habitantes. A esas consideraciones se sumó, para mí, el trabajo de Oded Galor, que en su libro *Teoría unificada del crecimiento* explica el paso de lo que se llama la “faceta malthusiana” en la historia de la humanidad a la explosión virtuosa de crecimiento luego de la Revolución Industrial. En términos de datos ello se resume así: durante cerca de 1800 años, el PBI per cápita sólo subió 40%, concentrado en el siglo posterior al descubrimiento de América, y nada más. En cambio, desde la Revolución Industrial el PBI per cápita se multiplicó más de 20 veces. En lo que va del siglo XXI el mundo ha crecido a tasas en torno al 3% anual. Eso en cuanto al crecimiento. Ahora consideremos la demografía: en el año 1810 vivían en la Tierra 1000 millones de seres humanos. Hoy viven casi 7800 millones. Eso desmiente categóricamente las predicciones de Malthus, que en el siglo XIX vaticinó que el mundo, llegado cierto punto, no podría producir alimentos para una población creciente. Y no sólo Malthus: en los años 70, el club de Roma vaticinó que la superpoblación iba a producir una catástrofe a fines del siglo XX. Creían que después de ese cataclismo la

población mundial bajaría otra vez a 1000 millones. Por supuesto, se equivocaron. Y bien: haber estudiado a fondo la relación entre crecimiento y demografía me permitió entender que la pandemia cuantitativamente es un fraude.

No niego la existencia del Coronavirus. No niego su capacidad de contagio. Pero sostengo que perdimos la perspectiva. Sin pandemia alguna, en condiciones normales, las Naciones Unidas estiman que en el año 2020, por la propia evolución natural de la población, deberían morir en el mundo 60 millones de personas. Eso significa 165.000 personas por día. El Coronavirus, para llegar a ese número, tardó 105 días. No, no es un error. Encerramos a la gente y precipitamos, desde el impulso de cuarentenas cavernícolas, una crisis económica sin precedentes a nivel mundial. En muchos casos destruimos también la legalidad y la democracia, por un virus que tardó 105 días en matar a la cantidad de gente que muere, en forma natural, *cada día del año*.

En el inicio, la Organización Mundial de la Salud agitó la amenaza de una nueva Gripe Española. ¿De verdad? Tomemos un poco de perspectiva: la Gripe Española tuvo lugar entre 1918 y 1920, en cuatro oleadas. Infectó a un tercio de la población mundial con una tasa de letalidad del 6%, lo cual implicó la muerte de 39 millones de personas. Traducido a la población mundial de 2020, deberíamos tener 2600 millones de infectados y 160 millones de muertos, esto es, cerca de 425.000 personas por día sólo por Coronavirus. ¿Y cuál es la realidad? En agosto de 2020, aún hoy no alcanzan todos los muertos por Coronavirus en el mundo para igualar al equivalente de dos días de Gripe Española. Y la cantidad de muertos diarios por COVID-19, con pocas excepciones, tiende a desacelerarse en todo el mundo.

Éste es mi primer punto: el pánico mundial frente al COVID-19 no guarda proporción con su impacto real en

términos de vidas humanas. Ahora voy a hablar de los efectos de este pánico sobre el crecimiento económico.

Ahora tengo que referirme a un trabajo reciente de Robert J. Barro junto a José F. Ursúa y Joanna Weng, en el que los autores hacen un estudio econométrico que procura estimar el impacto de la Gripe Española sobre la tasa de crecimiento del producto per cápita en el mundo. En ese contexto, toman una serie que va desde 1901 a 1929. Ahí aparecen dos situaciones que sacan a muchas personas del mercado de trabajo: una es la Primera Guerra Mundial, la otra es la Gripe Española. Así, la primera serie consta completamente de ceros salvo entre 1914 a 1918 donde ingresan los muertos durante la guerra y lo mismo se hace con las muertes por la gripe española entre 1918 a 1920. ¿Y qué muestra ese estudio? Que si el COVID-19 tuviera la misma magnitud que la gripe española, como sostenía la Organización Mundial de la Salud, la tasa del crecimiento del PBI per cápita debería caer 6 puntos porcentuales. Si además consideramos que el PBI se puede explicar como la suma de la variación del PBI per cápita más la variación de la población, considerando que la población crece 1% por año, y que el COVID-19 mataría a un 2% de personas, el resultado poblacional arrojaría un saldo negativo de 1%, por lo tanto, con una caída del 6% del PBI y una caída neta del 1% para la población, resulta que el PBI mundial debería caer 7 puntos porcentuales.

Ahora bien, de acuerdo al *World Economic Outlook* del Fondo Monetario Internacional, el mundo (sin pandemia) iba a crecer cerca del 3% en el 2020. Cuando se revisaron las estimaciones en abril, ya con los efectos del COVID-19, se concluyó que el PBI mundial caería alrededor de un 4,5% en todo el año. Usando una metodología distinta, trabajando país por país, el FMI considera que se perdieron entre siete y ocho puntos de crecimiento en el mundo. Es decir que el COVID-19 hundió la economía en (como mínimo) siete puntos porcentuales.

Pero afirmar esto es engañoso: en realidad, lo que hunde a la economía es la *cuarentena*. El 99,5 % de la caída del PBI se explica por la cuarentena y no por la pandemia. En otras palabras, la Organización Mundial de la Salud sobreestimó de manera salvaje el daño que podía causar el COVID-19, nos amenazó con la Gripe Española, recomendó como paliativo una cuarentena cavernícola y eso nos costó, al menos unos siete puntos porcentuales de crecimiento económico. Digo “como mínimo” porque no incluyo los costos del encierro sobre la salud física y mental de millones de personas, sobre la educación o la legalidad institucional.

### *Por qué nos equivocamos tanto*

Algunos, frente a la magnitud de este descalabro, preguntan: ¿quién se beneficia con todo esto? ¿Puede haber sido intencional? A riesgo de parecer ingenuo, debo decir que no creo en teorías conspirativas. Sin duda hubo negligencias; sin duda, también, fue deplorable que la Organización Mundial de la Salud tapara lo que sucedía en China. También es cierto que China operó de manera muy fuerte contra los países que denunciaron tempranamente ese ocultamiento. Dicho esto, descreo de una conspiración mundial, aunque una vez que tomó curso el modelo de cuarentena impulsado por la OMS, muchos políticos vieron la posibilidad de avanzar en soluciones colectivistas reduciendo libertades a los individuos incrementando su poder político mediante el impulso de un Estado presente.

Los gobiernos tomaron sus decisiones cruciales respecto del COVID-19 asesorados únicamente por médicos. Y la lógica bajo la cual operan los médicos tiene sus límites, ya que suelen tener problemas en diferenciar un caso de equilibrio parcial con uno de tipo general. Supongamos que yo consulto al médico por un problema de salud. El médico me ordena treinta días de reposo. Desde su lógica, el único

factor que hay que contemplar son los beneficios del reposo para mi cuerpo. Ahora bien, incluso si tengo un trabajo formal, con todos los mecanismos que me protegen, estar sin trabajar supone un problema. ¿Qué queda, entonces, para los que trabajan en el mercado informal? No trabajar por treinta días puede significar morir de hambre.

Ahí es cuando se vuelve fundamental diferenciar entre equilibrio parcial y equilibrio general. Dentro de un equilibrio parcial, el que no trabaja podría pedirle ayuda a sus padres, a sus amigos, a su vecino. O podría usar parte de sus ahorros y sobrevivir. Recomendar una cuarentena, entonces, puede ser relativamente válido en lo que se refiere al equilibrio parcial. Pero en términos de equilibrio general esto conduce a un caos. Porque en una cuarentena, aquellos que podrían ayudar a quien no trabaja -su familia, sus amigos o su vecino- tienen el mismo problema. ¿Qué pasa entonces? Lo que estamos viviendo: un desastre.

Otro aspecto que los médicos entienden mal es el orden de magnitudes. Vuelvo al conteo de los muertos por Coronavirus: en Argentina, en agosto de 2020, eran cerca de 5.000. Si uno extrapola esa cifra a la muerte de una persona querida y multiplica ese dolor por 5.000, es obvio que sentirá pánico. Por no mencionar las cifras de muertes en el mundo. Ahora bien, ¿cuántas personas mueren por día, en condiciones normales, en la Argentina? En promedio son 1.000 personas. Así que la situación, puesta en perspectiva, es la siguiente: en 150 días murieron 5.000 personas de Coronavirus. *Pero en ese mismo lapso murieron 150.000 por otras causas.* Éste es el orden de magnitudes.

También hay grandes problemas en la comprensión matemática de la lógica del virus. En la primera parte de este libro propongo un modelo que se llama SIR. Fue desarrollado a mediados del siglo XX por un bioquímico y un militar. La sigla corresponde a *Susceptibles, Infectados y Removidos*. Los primeros son el total de la población, salvo que haya una vacuna y elimine a una parte de susceptibles,

o que haya inmunidad en un determinado grupo. El virus ataca a los susceptibles. Después están los que efectivamente se infectan. La cantidad de infectados está determinada por los susceptibles que se infectaron menos los removidos, que son los infectados que se curaron o que murieron. En determinado momento, los infectados crecen por la cantidad de infecciones, pero decrecen por la cantidad de removidos. Cuando esa ecuación es positiva, se está infectando más gente de la que se remueve; cuando es negativa, los removidos superan a los nuevos infectados. Con el tiempo, la cantidad de susceptibles disminuye. Es decir que, si bien al principio el crecimiento de casos es exponencial, necesariamente se llega a un pico de casos después del cual las infecciones decrecen. Eso ocurre cuando la tasa a la cual se infectan los susceptibles no alcanza a compensar la salida por remoción. Esto significa que los contagios, aun en el peor de los casos, siempre terminan por decrecer.

Por supuesto, se debe tratar de minimizar el contagio mediante la higiene: lavarse las manos, usar alcohol en gel, mantener el distanciamiento social, usar barbijo. Todo eso no cambia lo contagioso del virus, pero sí baja la probabilidad de contagio. También hay que hacer testeos masivos para detectar tempranamente a los infectados y sacarlos de la calle, igual que a las personas que son grupo de riesgo. Así se reduce la cantidad de susceptibles. La estrategia óptima es: testeos masivos, cuarentena para infectados y grupos de riesgo. Esto bastaba -como lo mostró el caso de países como Hong Kong, Singapur, Nueva Zelanda, Australia, Suiza y hasta los casos de Suecia y Alemania o, sin ir más lejos, Uruguay- para achatar la curva de infecciones y evitar que el sistema hospitalario colapsara.

El error, el catastrófico error, fue poner en cuarentena a *todo el mundo*.

## *La economía mundial durante la pandemia*

Como anarco-capitalista, yo quisiera un mundo sin Estado; pero el hecho es que hoy el Estado existe. No conviene hacer prescripciones para un mundo que no existe. Considerado esto, me parece muy interesante comparar la respuesta a la pandemia de dos economías desarrolladas y con acceso al mercado internacional: Estados Unidos y Francia.

¿Qué sucede, en una economía cerrada, cuando salen personas del mercado laboral porque están infectadas? Esto provoca una caída del ingreso; esa caída conlleva una caída del ahorro. Si comprenden que este *shock* es transitorio, y por ende el criterio de inversión no se modifica, entonces la contracción del ahorro lleva a un aumento en la tasa de interés. Esta suba de la tasa de interés hace que caiga la demanda de dinero y como consecuencia el nivel de precios sube. Eso es lo que pasa en una economía cerrada. En una economía abierta, por otra parte, si suponemos inicialmente un equilibrio del sector externo y tiene lugar una contracción del ahorro dada la inversión, eso hace que la tasa de interés de equilibrio interno sea más alta que la internacional, lo que genera un flujo de capitales que permite financiar el desequilibrio interno. Ahora, como entonces la tasa de interés no sube, la demanda de dinero no cae y los precios quedan constantes. Por ende, la crisis se resuelve con endeudamiento. El problema, en esta pandemia, fue que sí hubo pánico; la inversión se derrumbó. Además, cuando hay pánico se venden los activos riesgosos para comprar activos seguros. Se venden acciones, se venden los bonos corporativos, y entonces cae el precio de los bonos de las empresas y aumenta el *spread* entre el retorno de un título de empresa contra el de un soberano considerado libre de riesgo, al tiempo que sube la demanda de dinero en dichos países. Por otra parte, se cae el precio

de los bonos emergentes y, por lo tanto, el riesgo país de los emergentes sube.

Bien, veamos ahora qué hizo Estados Unidos y qué hizo Francia ante esta situación. En materia de política monetaria no hubo diferencias entre los dos, porque Christine Lagarde, desde el primer momento, entendió la analogía con lo que había pasado en la crisis *subprime*: igual que entonces, ahora había una enorme demanda de dinero. Para que eso no condujera a una deflación, se emitió dinero. En el caso de los Estados Unidos, como la tasa de interés de los bonos del Tesoro estaba en cero, la Reserva Federal bajó la tasa de interés a cero y ofreció dinero. Y en ese contexto tuvo que inyectar, en dos días, el equivalente a un PBI y medio de Argentina de ese momento. Sin embargo, eso no causó inflación porque se emitió contra demanda de dinero.

A partir de acá empiezan las diferencias.

En Estados Unidos, para que la caída de la inversión no dañara al sistema productivo, Trump bajó los impuestos a las empresas. Así, la inversión que caía por culpa del pánico se compensaba parcialmente con la baja de impuestos. Por otro lado, como el sistema laboral de Estados Unidos es muy flexible, conforme avanzaba la epidemia aumentaba el desempleo. Sin embargo en Estados Unidos cuentan con un seguro de desempleo que transfiere fondos directamente a los individuos al momento de perder el trabajo, al tiempo que el Gobierno decidió transferir un cheque de USD 1.200 a cada persona que perdía su trabajo; es decir, hubo un aumento del gasto público. De este modo, se logró sostener el consumo, evitar que la inversión caiga en exceso y se financió ese desequilibrio con endeudamiento externo, en un mundo donde todos están dispuestos a prestarle dinero a Estados Unidos y a los países desarrollados: les prestan a tasa cero y además les demandan dólares.

¿Y Francia? Si bien consigue financiamiento barato, y si bien las condiciones monetarias manejadas por el Banco



Central Europeo replican un comportamiento parecido, la política fiscal de Francia es muy distinta. Para empezar, Francia no bajó los impuestos a las empresas. También la asistencia que le ofrece a los individuos es distinta: el gobierno francés se hace cargo de determinadas cuentas. Mientras que Estados Unidos les gira dinero a sus ciudadanos para que gasten en lo que ellos quieran, el Estado francés, en su fatal arrogancia, determina en qué gastos los va a ayudar. No es un tema menor.

De este modo, terminada la crisis, la ayuda del gobierno americano cesa, el gobierno deja de emitir los cheques de desempleo, o sea que el aumento del gasto público es transitorio. Al final de cuentas, de la pandemia queda el endeudamiento y la baja de impuestos sobre empresas, que se manifiesta en una mayor inversión y una mayor acumulación de capital a largo plazo. Por eso la economía americana, después de aguantar el *shock*, en tres meses generó diez millones de puestos de trabajo. Se espera que para finales de septiembre, la economía ya funcione como antes de la pandemia. El caso de Francia es muy diferente: ese país, al otorgar un subsidio donde el que gasta es el Estado, entra en lo que Milton y Rose Friedman llaman “el triángulo de hierro del *status quo*”. Ese triángulo se compone de los beneficiarios de los programas, de los burócratas que ejecutan esos programas y del político oportunista. El problema es que, una vez instituido un gasto de esas características, no se puede bajar. Por lo tanto, el aumento del gasto público se torna permanente y así deberá ser financiado por mayores impuestos; a fin de cuentas, los salarios reales franceses terminarán siendo relativamente peores que los americanos.

Dicho esto, si bien en Europa no rondaba ni por lejos la idea de bajar los impuestos. ¿Quién fue el primer país que dio ese paso? Irlanda. Recordemos que solía ser uno de los países más miserables de Europa. Con sus reformas pro-mercado generó un proceso de crecimiento virtuoso que, en

sólo treinta y cinco años, le permitió superar el PBI per cápita de Estados Unidos y convertirse en uno de los países más ricos del mundo. Así que ahora, frente a la pandemia, Irlanda bajó impuestos. Si bien en un primer momento, los países europeos que forman parte de la OCDE denunciaron injustamente a Irlanda por una competencia fiscal desleal, luego *recalaron* y comenzaron a bajar los impuestos. Y bien: ¿quién fue el último en hacerlo? Francia. ¿Y quién quiere, al contrario, subir los impuestos? España, la actual sucursal del chavismo en Europa y tan cercana a las ideas que hoy tanto se aclaman en Argenzuela.

Conclusión: en esta pandemia les fue mucho mejor a los países que son más liberales y que más respetan a la libertad individual, inspirados por el tan criticado Donald Trump, quien a la postre, tal como lo señala mi queridísima amiga y brillante politóloga María Zaldivar, se terminó convirtiendo en el faro del mundo en la defensa de la libertad.

### *¿Y la Argentina?*

Acabo de comparar la reacción de Estados Unidos ante el Coronavirus con la de Francia. Si quisiera referirme a países en vías de desarrollo con tipo de cambio flexible, debería comparar a Chile con Brasil. En el caso de los países con tipo de cambio fijo, a Panamá con Ecuador. Y después, en una categoría aparte, está la Argentina, que es como Sor Juan Inés de la Cruz: *Yo, la peor de todas*.

Podemos discutir (y en la segunda parte de este libro lo hago) qué grado de keynesianismo puede darse en los países desarrollados. Pero hay una cosa que está fuera de discusión: *no se puede hacer keynesianismo en Argentina*. Para eso harían falta dos condiciones: la primera es el acceso al mercado de capitales. La Argentina empezó la pandemia en medio de un *default*. Por ende, no podía ir a

los mercados internacionales. La otra condición es poder utilizar la política monetaria. Pero para eso hace falta demanda de dinero. Y la Argentina no la tiene. Este país no está en condiciones de aplicar el modelo keynesiano. Ante un *shock* de oferta negativo –porque la cuarentena implicó sacar gente del mercado laboral– ¿había que dar un estímulo a la demanda, aumentando violentamente el déficit fiscal, de 3 puntos del PBI a cerca de 10, y financiarlo con emisión monetaria? NO. Es una locura. El BCRA ya emitió 1,5 billones de pesos para financiar al fisco. Argentina, en el primer semestre, tuvo un déficit fiscal de 14.000 millones de dólares. Y eso en el mejor semestre del año en lo fiscal. A eso hay que sumar que ese dinero no llega a la calle porque lo están esterilizando: el 70% está esterilizado. Así, cuando miramos los pasivos remunerados tenemos el equivalente a una segunda base monetaria. Así, de darse un escenario de pánico bancario, en veintiocho días se duplicaría la cantidad de dinero. Para colmo, se financia la obra pública con emisión monetaria. Se financia a la mitad de gente que está sin trabajo con emisión monetaria. La reconstrucción del capital de trabajo se financiará con emisión monetaria... Todo se financia con emisión monetaria.

De modo que hay una explosión de oferta de dinero y, al mismo tiempo, una caída en la demanda de dinero. Lograr comprar un dólar es una tortura china. En el primer semestre del año entraron al país 8.000 millones de dólares comerciales. A pesar de eso, las reservas cayeron en 1.500 millones de dólares. Eso significa que la demanda de dinero, a pesar de los controles monstruosos que existen, se destruye. Emitir dinero sin contraparte de demanda de dinero, y con la producción cayendo, tarde o temprano lleva a una hiperinflación. En cualquier caso, la Argentina fue la economía que más cayó en el mundo. La tasa anualizada de caída para la primera parte del año es de 53%. Tomando los primeros cinco meses del año, la economía argentina cayó

13% acumulado. Como comparación, en el año 2002 cayó 10,9%. Hoy el desempleo supera el 15%, la pobreza ya está en 45%, el 63% de los chicos de hasta 14 años son pobres. En otras palabras: la Argentina hizo todo mal. Debió bajar el gasto público para poder bajar los impuestos. Pero como los políticos son inmorales, no sólo no bajaron sus ingresos, sino que además anularon los ingresos de las empresas y las obligaron a seguir pagando los impuestos. Las obligaron a mantener la cantidad de empleados. Las obligaron a seguir pagando los salarios. Así, las empresas se vieron obligadas a comerse el capital de trabajo; después hubo una explosión de cheques rechazados y que no se ven en las cuentas del sistema porque salió el Banco Central a pagarlos. En definitiva, vamos hacia un nivel de destrucción de valor inédito en la historia argentina.

Y no sólo de valor material: también de valor moral. Me refiero al uso del miedo. ¿A qué le tiene miedo el ser humano? Por supuesto, a la muerte. Estuvieron ciento cincuenta días machacándonos con la muerte. Nadie se preocupó por establecer un orden de magnitudes. Cualquiera que lo pidiera fue estigmatizado. El principal asesor presidencial, Pedro Cahn, sentenció: “O estás a favor de este modelo, o estás a favor de la muerte”. Se utilizó el miedo como una estrategia de control social. En este sentido, sostengo que la cuarentena impulsada por Alberto Fernández y sus cómplices políticos constituye un delito de lesa humanidad. ¿Parece exagerado? Sin embargo, acorde al artículo 7 inciso k del Estatuto de Roma de 1998 se estipula que cuando se ataca el derecho de propiedad de modo sistemático, a tal punto que se deja a millones de personas sin sustento, ello empuja al individuo a decidir sobre dos opciones: (i) enfrentar al Estado y terminar muriendo de inanición y (ii) rendirse frente al Estado. Así, el primer caso deriva en un delito de lesa humanidad al constituir un asesinato por la vía indirecta con el agravante de que la transición hasta podría ser considerada como una

tortura (donde es obsceno cómo miembros del gobierno experimentan placer al dañar económicamente a los opositores). Por otra parte, cuando el individuo por una mera cuestión de supervivencia se pone de rodillas frente al Estado, se convierte en un esclavo, lo cual también constituye un delito de lesa humanidad.

A pesar de todo esto, soy optimista. Es cierto que el mercado laboral argentino es uno de los más rígidos del mundo. Es cierto también que han destruido el aparato productivo. La Argentina saldrá de la pandemia mucho más empobrecida y con los derechos de propiedad vulnerados. Pero a diferencia del pasado, los individuos han empezado a reaccionar. Yo observé con mucha alegría a las manifestaciones del 20 de junio y del 9 de julio de 2020. Había visto muchas manifestaciones antes y algo me frustraba: los reclamos estaban desconectados entre sí. En cambio, en la marcha del 20 de junio, por primera vez desde que tengo memoria, todos reclamaron por el derecho de propiedad, la libertad y que se les permitiera trabajar. Por primera vez una multitud en la Argentina defendió valores liberales. Y luego, el 9 de julio se agregó el reclamo de igualdad ante la ley, que es la bandera emblemática del liberalismo. En definitiva, como nunca antes desde que tengo memoria, los individuos han internalizado los valores del liberalismo. Veo a una sociedad decidida a enfrentar a una corporación política parasitaria que nos ha empobrecido a todos para edificar su progreso. ¿Se sostendrán estos reclamos? ¿Empujarán un cambio profundo? El tiempo lo dirá, aunque de todos modos, en términos de dominancia estocástica sin lugar a dudas estamos mucho mejor.

# **PARTE I:**

## El virus y la matemática de una pandemia

“Vivimos en la época del miedo. Miedo de la ciudadanía al coronavirus. Miedo de los gobernantes a que se les acuse de no haber hecho todo lo posible para salvar vidas. Miedo de los medios a cuestionar el miedo”.

John Carlin